

En el siglo VIII d.C. la comarca de la Vega Baja del Segura logró disfrutar de una amplia autonomía económica y administrativa debido un pacto firmado entre el visigodo Teodomiro y el musulmán Abd-al-Aziz en el año 713. En nuestro territorio se formó un pequeño estado cristiano que pasó a denominarse Tudmir o Todmir. Esto fue posible a cambio de unos tributos de vasallaje que pagaban los visigodos y que perdurarían hasta principios del siglo IX. Más tarde, con el emirato y el califato, en la Vega Baja se impuso el dominio musulmán. La dominación perduró durante más de 500 años, pasando a formar parte del Reino de Murcia, tras la conquista por parte del futuro rey Alfonso X. A lo largo de estos años, llegaron hasta nosotros/as los avances tecnológicos, los muros de contención, las norias, las presas, las acequias y los cultivos.

- He estado buscando *el pacto* todo el día y toda la noche y no lo encuentro - comenzó diciendo el notario a su mujer. - Seguramente lo escondió Rida antes de huir y ahora es imposible localizarlo. Abd al-Aziz nos pide que acudamos a verle y que manifestemos abiertamente lo que ha pasado, y yo, yo no sé cómo explicar tan grave error. -

- No importa - contestó la joven. - Yo puedo recordar lo que allí se dijo con exactitud, padre.

Habid, el padre de Anma, guardó silencio por unos segundos y de pronto, un tímido candil iluminó la habitación, tomó su preciada pluma de oca y se preparó para escribir. Esta vez con tinta negra, elaborada hace meses por él, con humo, agua y goma.

- Dime Anma, ¿Qué dijo Abd Al-Aziz ibn Musa y qué le contestó el príncipe Tudmir? Ten en cuenta, hija mía, que con tus palabras sellaremos el pacto más importante que nunca jamás vieron estas tierras.

Anma cerró sus grandes y profundos ojos negros. Suspiró dos veces y como si de una antigua canción se tratara, de su menudo cuerpo comenzaron a volar palabras.

El padre de Anma empezó a escribir lo que la joven dictaba, letra a letra y palabra a palabra, de forma pausada. Pronto en el preciado lienzo blanco quedaron escritas en letra árabe las siguientes palabras:

“En el nombre de dios, el Clemente, el Misericordioso.

Este es el escrito que Abd al Aziz ibn Musa ibn Nusair dirige a Tudmir b. Gandaris, en virtud del cual queda convenido el estado de paz bajo promesa y juramento ante Dios y sus profetas y enviados de que obtendrá la protección de Dios -alabado y ensalzado sea- y la protección de su profeta concédale Dios la paz, que a él nadie se le impondrá ni a cualquiera de los suyos se los despojará de nada que posean con maldad; no se les reducirá a la esclavitud, no serán separados de sus mujeres ni de sus hijos; se respetarán sus vidas, no se les dará muerte y no se quemarán sus iglesias, tampoco se les prohibirá el culto de su religión. Se les concederá la paz mediante la entrega de siete ciudades: Uyula, Mula, Lurqa, Balantalh, Lqant, Iyil, Ils. Todo aquel que tenga

conocimiento de este tratado, deberá cumplirlo. Sobre Teodomiro y los suyos pesará un impuesto que capitación deberá pagar si su condición es libre: un dinar, cuatro kist de vinagre, dos de miel y uno de aceite. Todo esclavo deberá pagar la mitad de esto. Escrito en rayab año 94.” (abril 713)

- ¿Estás segura de todo hija?. -
- Si padre, muy segura. Tanto como de que tras la estrellada noche viene la aurora y tras ella, el brillante sol que nos calienta.
- Entonces, vamos a cenar, que tu madre estará preocupada. - dijo Habid.

Habid salió de la estrecha habitación sin mirar atrás. Su expresión seria no invitaba a la conversación más allá de lo necesario.

Anma se quedó en la sala principal observando el cuerpo encorvado de su anciano padre, que apenas tenía cincuenta tres años. Le parecía mayor y cansado, por eso la joven decidió quedarse un rato más y limpiar todo el desastre de aquel día. Echó un ojo al material de escritura y tras sentirse sola y segura, comenzó a imitar la caligrafía de Habid una y otra vez. Una y otra vez, hasta conseguir la regularidad del alfabeto. Para esto, pensó Anma, tendré que agarrar la rueda dentada y trazar las rayas horizontales, para que no se tuerza la escritura y las rayas verticales, para respetar los márgenes; tal y como he visto hacer a Habid a lo largo de los días, de los meses y de los años.

Comenzó a imitar el texto de su padre y dejó quizás demasiados espacios en blanco. No era perfecto, pero por hoy sería suficiente. Se lavó las manos minuciosamente para que su madre no viera que se había manchado de tinta las uñas y se dirigió, cansada, hacia la cocina.

Después de cenar Anma se fue a la cama, aunque las palabras manuscritas por su padre y redactadas con energía por ella misma, danzaban inquietas en su cabeza: “*súbditos*” “*pagarán*” “*dinar*” “*obligaciones*” “*ciudades*” “*Uryula*” “*uva*” “*miel*” “*aceite*”.

Anma había escuchado contar a su padre, días atrás y después de mantener la reunión con aquellos nobles visigodos, que Tudmir, o Teodomiro, como lo llamaban los cristianos, tras salir derrotado en la batalla, se disponía a firmar un acuerdo en el que ambas partes y a través de Abd al Aziz ibn Musa y el mismo Tudmir, saldrían aventajados. Para los musulmanes, supondría tener acceso en el Norte de África a nuevos territorios, de una manera rápida y efectiva, evitando la guerray las muertes innecesarias en Hispania. Para los nobles visigodos de aquellas tierras fronterizas, conllevaría mantener con independencia una situación privilegiada. ¿O no...?

La joven se levantó de la cama y volvió a la sala principal. No podía dormir y no era para menos. Miró *el pacto* manuscrito en blanco y negro y casi podía oler la piel de su padre al redactarlo.

Dudó, pero si cambiaba tan solo una palabra, podría cambiar el destino por algún tiempo más y quizás no solo para ellos, si no también sus hijos y los hijos de sus hijos.

- Tan solo una palabra. – repensó. Al sentir que no podía hacer mucho más, se dispuso a mirar el cielo y a buscar respuestas, que no encontraría aquella noche, en las estrellas.

Anma no había contado toda la verdad. En la frase de una de las cláusulas del *pacto*, hacia la mitad del protocolo, se decía: “*se les concederá la paz mediante la entrega de siete ciudades*”. La interpretación de aquella palabra que unía “entrega” y “siete” podía ser “*de siete ciudades*”, pero también “*contra siete ciudades*”. Las dos palabras hacían valer el texto que Anma tuvo que reproducir de memoria. ¿Pero cuál era la interpretación correcta?

- Las dos son correctas – se dijo para sí misma. -

La joven, sin saberlo, había elegido la paz para aquella vega, pero intuía que podía suponer un grave problema si contrastaban el texto árabe redactado por su padre con el protocolo del cristiano, que también había tomado cumplida nota del trato.

Al día siguiente, aún con el rocío de la mañana, salió al huerto que atendía su madre.

- Hispania huele a tierra seca, a pesar de que el mar y el río no se encuentran muy lejos. -
caviló la joven musulmana. -

Los campos más importantes de Tudmir se encontraban repletos de trigo, de cebada, de viñedos y de olivos.

- Por eso Musa decidió nombrarlos en el tratado- se escuchó decir en voz alta. Al atender a su propia voz, la joven se inquietó. Miró hacia un lado y luego miró hacia el otro, con la esperanza de que nadie la hubiera oído. En ese giro, vio algo que brillaba a lo lejos y todavía distraída por lo que había sucedido dentro de la casa unas horas antes, se agachó a recogerlo. Era un dinar, la moneda de oro que circulaba en aquella comarca tan lejana a su hogar. Recordó la frase “*deberá pagar si su condición es libre: un dinar*”. Anma decidió guardar celosamente aquella moneda por si algún día, algún hombre libre (*hurr*) o siervo (*ábd*), la necesitaba.

Sin duda, a Anma le gustaba aquel sitio. Se sentía segura, aunque no sabía pronosticar durante cuánto tiempo estarían allí. Y así, abstraída en sus jóvenes pensamientos, admirando el paisaje, se le pasó el día y la tarde.

A su regreso y todavía atraída por el olor de la primavera, tomó la pluma de oca de Habid y a la luz de la cercana luna creciente, acertó a escribir:

“Tudmir huele a tierra, a mar y a campo. Sus muros se encuentran bañados por el río conocido por los romanos como Thader, dando acceso a la ciudad un puente de barcas. Se encuentra defendida por un castillo con siete círculos, llave y defensa del reino, construido en la

cumbre de una montaña. Está rodeada de jardines y de huertos de gran fertilidad, pues posee preciosas propiedades agrícolas (diya´) que...”

En este punto, Anma oyó un ruido y su mano se giró bruscamente realizando un fastidioso tachón en el escrito, que segundos antes, fluía alegre.

- ¿Quién eres? - preguntó Anma disgustada por lo que acababa de ocurrir.

- Soy Mirren, hija de Teodomiro. Mi padre se encuentra hablando con el tuyo y creo que bastante disgustado. Nos vimos el otro día en tu casa.

- ¿Qué escribes? - investigó Mirren sin obtener respuesta. Sin duda, la hispanovisigoda quería ganarse la confianza de aquella joven musulmana y continuó a una sola voz y sin respuesta, laficticia conversación:

- Cuentan que mi padre, Teodomiro, ganó la batalla a Musa demasiado fácil. Cuentan que vistió a todas las mujeres como hombres, que las peinó como hombres y que las hizo subir armadas a la muralla, haciendo creer a Abd al Azzi ibn Musa que su ejército era más numeroso. Fue así que vosotros, árabes creídos de la fantasía construida por el visigodo, no atacasteis *Uyula*. Fue así que pagamos vuestros impuestos en dinero (*yizia*) y en especie (*jaray*) y fue así que guardamos nuestras propiedades y el gobierno al sureste. -

-Y nosotros respetamos vuestras vidas, vuestras propiedades, vuestra autoridad y vuestra religión. - contestó airadamente Anma.

- ¿Te dejan escribir? - preguntó Mirren, dando un giro a la conversación, que intuía poco amigable.

- No. Mi madre no lo aprueba. -

- A mi tampoco me lo aceptan, aunque a decir verdad prefiero las armas a las escrituras.

- ¿Las armas a las escrituras? Ven mañana a esta hora y nos encontraremos en este lugar. Verás que hay otras formas de ganar guerras. Deberás mandar copiar un texto, pero en tu lengua. Es muy importante que tu notario copie el manuscrito y en el mismo orden, con tinta negro humo, agua y goma.

- Pero eso es imposible, Anma. Se darán cuenta.

- No, nadie se percatará si Habid hace viajar al noble Tudmir hacia la gobernación de Damasco, con la idea de que debe acudir a reforzar el pacto aquí firmado.

- Y, ¿Por qué todo esto Anma?

- Porque ayer cambié una palabra del *pacto*. Solo una. Pero esa palabra cambiará la historia.

- ¿Solo una? - preguntó Mirren incrédula.

- Sí. En el texto del pacto solo cambié una palabra: “*contra*” por “*de*” *siete ciudades* al hablar de este territorio. Ambas son válidas, ambas son verdaderas, pero nos llevan a la paz o a la indefensión.

Anma vio que la chica visigoda dudaba sobre lo que estaba escuchando. La sintió incrédula y dudosa y tenía buena intuición.

- Aquí tengo un dinar- dijo Anma muy segura de sus palabras. - Esto vale la libertad de un hombre. Dejemos que Tudmir sea este lugar lleno de campos y de jardines; donde el río, la montaña y ese castillo de siete círculos, nos recuerden que vivimos en un territorio fronterizo que sabe vivir en paz, tan solo con esta pluma de oca y un poco de tinta.

Mirren salió poco convencida de aquella casa. Pensó que la joven árabe no era de fiar. Observó la fortaleza. Ella también pensaba que Tudmir era una tierra extraordinaria llena de lugares sin precio. Ella también amaba los frondosos y olorosos jardines, el castillo de siete círculos que la miraba desde lo alto y el río que bañaba los campos.

Dos días más tarde, el noble Teodomiro partía hacia la ciudad de Damasco con un acuerdo de paz que refrendar.

Muchos siglos después, la Vega Baja del Segura sigue siendo un privilegiado rincón del mediterráneo. Un territorio que huele a mar y también a campo. Una tierra acogedora, fronteriza y pacífica. Sus pueblos siguen cultivando la huerta, que nos proporciona sabrosos alimentos.

Y todavía y después de tanto tiempo, sus habitantes continuamos soñando con un futuro mejor, mientras miramos las brillantes estrellas en las noches de verano.

1.- El pacto de Teodomiro y Abdelaziz (5 de abril de 713) es el primer documento hispanoárabe del que se tiene noticia, recogido de:

- Miranda García, Fermín; Guerrero Navarrete, Yolanda (2008). *Medieval: Territorios, sociedades y culturas*. Madrid: Silex Ediciones. ISBN: 9788477371793.
- Hinojosa Montalvo, José (coord.). *Historia de la provincia de Alicante* (1985). Murcia: Ediciones Mediterráneo. ISBN (tomo 3): 85856-42-2.

2.- *Uyula* (Orihuela).

3.- El nombre de las mujeres que aparecen en la historia es ficticio, así como el hecho de que fuera la hija del notario quien declamara el texto y decidiera cambiar la preposición. El hecho de que en árabe se pudiera elegir ambas opciones de lectura en la preposición “de” o “sobre” las siete ciudades, cambiando así el sentido al escrito firmado, está documentado. Que existen varias versiones del Pacto de Teodomiro es verídico.